

EL FUTURO DEL NEOCONSERVADURISMO EN ESTADOS UNIDOS

En 2005 se pudo hablar de un “momento neoconservador”. En febrero, y en España, lo hizo Rafael Bardají¹. También lo había hecho Francis Fukuyama en un ensayo así titulado publicado en *The National Interest* en verano de 2004.

La proclamación de un “momento neocon” –expresión un poco “warholiana”– se basaba en el triunfo de las ideas mantenidas por los llamados *neocon* en la doctrina y la práctica de la política exterior norteamericana después de los ataques del 11 de septiembre de 2001.

El “momento neocon” alcanzó su momento álgido entre los días posteriores al 11-S, cuando Bush adoptó la denominación de “guerra” para hablar del conflicto al que se enfrentaba su país tras los ataques contra Washington y Nueva York y mediados de 2005. En enero de ese mismo año Bush pronunció su gran discurso de toma de posesión presidencial en el que llegó a asegurar que cualquiera que luchara por la libertad contaría con el apoyo de Estados Unidos. Era la línea ya mantenida, a veces en términos muy similares, por presidentes como Kennedy, Truman, Roosevelt

José María Marco es escritor y profesor de Literatura por la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid. Entre sus últimos libros se cuentan *La nueva revolución americana* (2007) y la reedición de *La libertad traicionada* (Gota a gota, 2008)

¹ **Rafael L. Bardají**, “El momento neoconservador”, en *Cuadernos de pensamiento político*, nº 5, enero 2005.

y Lincoln. Casi todos son, como es sabido, referencias básicas para los neoconservadores.

En febrero de 2005 llegaron las sucesivas “revoluciones” que parecieron iniciar una nueva ola de democratización como las ocurridas en décadas anteriores. La “revolución naranja” en Ucrania, la “revolución de los cedros” en el Líbano, las elecciones en Afganistán y en Irak parecían confirmar el éxito de una de las líneas de lo que a esas alturas ya se había constituido como “Doctrina Bush” de seguridad: la necesidad de promover la democracia como la mejor defensa ante el terrorismo, en aquellos países en los que los gobiernos pueden amparar a grupos terroristas o en los que reinan condiciones favorables para la radicalización de la población.

Poco tiempo después, el “momento neoconservador” empezó a desvanecerse. El escándalo, más mediático que político, que llevó a la cárcel a Lewis “Scooter” Libby, jefe de gabinete del vicepresidente Cheney y *neocon* eminente, fue seguido por la caída de Paul Wolfowitz de la presidencia del Banco Mundial, causada por la escasa habilidad con la que manejó la crisis y la ofensiva de los burócratas de la organización internacional.

A estos escándalos con nombres y apellidos, anecdóticos en cierto sentido pero de gran repercusión en los medios y por tanto en la opinión pública, se añadieron otros motivos de desprestigio, productos de los discutibles resultados de la Administración republicana.

El primer motivo, al que se da poca importancia al hablar del “neoconservadurismo”, es el desprestigio de algunas de las políticas que propició el “slogan” del “conservadurismo compasivo” con el que sus asesores quisieron distanciar al entonces gobernador de Texas y luego presidente de Estados Unidos de un republicanismo indiferente a las cuestiones sociales e interesado sólo en la prosperidad empresarial. Fruto del “conservadurismo compasivo” fueron leyes como las de educación (*No Child Left Behind*), la de la ampliación de cobertura sanitaria para medicamentos y la nueva política de colaboración de la Administración con entidades religiosas para fines sociales.

Los resultados no fueron excesivamente brillantes. La ley sobre educación fue objeto de discusión desde el primer momento, por considerarse una intromisión del Gobierno federal en competencias reservadas a los Estados. Luego se ha discutido su eficacia y está por ver si la siguiente Administración la respeta o la anula. La aprobación de la legislación sobre financiación gubernamental de medicamentos requirió una presión considerable sobre los miembros republicanos del Congreso, que no querían ser responsables de lo que consideraba un excesivo intervencionismo gubernamental. Paradójicamente, esos mismos congresistas republicanos, una vez alcanzada la mayoría en las elecciones de 2004, no dudaron en ampliar el déficit sin que la Casa Blanca –por primera vez en la historia de Estados Unidos– recurriera al veto para controlar los excesos de gasto.

Finalmente, la política de colaboración con las entidades religiosas, que venía a romper la famosa (y supuesta) muralla interpuesta entre la esfera religiosa y la política desde la fundación de Estados Unidos, llevó una vida lánguida desde el primer momento, aunque reafirmó el compromiso de la Administración con los evangélicos, un factor importante en la victoria presidencial de 2004. El fracaso del “conservadurismo compasivo” quedó puesto en evidencia en el verano de 2005, cuando la catástrofe del Katrina en Nueva Orleans puso de relieve la insolvencia de la Administración para ayudar a los más necesitados.

El segundo y principal motivo de desprestigio del neoconservadurismo tras el gran “momento” de 2005 procede del presunto fracaso de la política exterior de Bush tras los éxitos iniciales.

Hasta el 11 de septiembre de 2001 George W. Bush había sido un presidente sumamente templado en sus propuestas de política exterior. En la campaña electoral había preconizado la “humildad”. En realidad, había hecho de la política interior una prioridad. No por casualidad el 11-S cogió a Bush en una escuela... y cambió su presidencia de arriba abajo.

Como es sabido, los éxitos conseguidos tras este vuelco radical no fueron indiscutibles. Las dos victorias sucesivas en Afganistán y en Irak dejaron paso a situaciones ambiguas en el primer caso y consideradas ca-

tastróficas en el segundo. El concepto de “Guerra contra el terrorismo”, acuñado por el propio Bush en sus intervenciones posteriores al 11-S, quedó puesto en cuestión con la prolongación de la llamada “insurgencia” iraquí. Esta “resistencia” suscitó desde el primer momento la analogía con la Guerra de Vietnam y el fantasma de la derrota fue aumentando a medida que pasaban los meses, la violencia no cedía e incluso llegó a aumentar, con lo que pareció el desencadenamiento de una guerra civil tras la voladura de la mezquita de Samarra en febrero de 2006. El derrocamiento de Sadam Hussein no había llevado al establecimiento de un régimen mínimamente estable. A pesar del éxito de las elecciones, continuaba la violencia, no se lograba un consenso entre las fuerzas políticas, étnicas y religiosas, y no se conseguía un liderazgo claro.

Por otra parte, la democracia no había resultado ser el camino a la estabilidad que se pretendió en un primer momento. Ucrania atraviesa graves problemas de inestabilidad interna. La “Revolución de los cedros” acabó revelando la existencia de un Estado terrorista dentro de otro Estado, con el desencadenamiento de un nuevo enfrentamiento, esta vez entre Hezbolah y el Ejército israelí, y la inestabilidad permanente del Líbano. Las elecciones en los territorios palestinos han tenido consecuencias no deseadas, con la franja de Gaza ocupada por otra banda terrorista, Hamas, aunque Fatah haya logrado conservar el poder en Cisjordania.

En resumen, y desde un cierto punto de vista, la ofensiva bélica en Irak y la ofensiva diplomática a favor de la democratización han conducido a una guerra más prolongada de lo previsto, que la opinión pública norteamericana ha ido viendo cada vez con peores ojos. Mientras, el esfuerzo de estabilización mediante la democratización no parece haber traído ni estabilidad ni democracia.

El legado de Bush se juega en dos frentes. Uno, en el del nuevo papel del Gobierno o del Estado. El otro, el de la seguridad, encarnado en la “Guerra contra el terrorismo”. La catástrofe del Katrina en Nueva Orleans simboliza el fracaso de la Administración Bush en el primer frente. La situación en Irak, en el segundo.

Los neoconservadores han quedado irremediabilmente identificados con la política de Bush en el frente de la “Guerra contra el terrorismo”. También, en cierto modo, en cuanto a las políticas sociales. El fracaso de Bush en el primero entraña por tanto el desprestigio de los neoconservadores y su doctrina. Lo mismo ocurre con el segundo. Empezaré tratando este último.

¿EL FIN DE UN CICLO LIBERAL?

El “conservadurismo compasivo” que sirvió de eslogan a Bush para diseñar una imagen más humana de su republicanismo no es un concepto neoconservador. Procede de la derecha religiosa, es decir, evangélica.

Ni la colaboración de la Administración con instituciones religiosas para fines sociales, ni la dimensión de la proyección pública que los evangélicos han querido dar a la religión guardan relación alguna con las ideas neoconservadoras. Los neoconservadores, por emplear una broma de William Kristol, serían incluso más bien poco compasivos. Lo que les interesa sobre todo, según la tradición empírica de estudios sociales inaugurada por la primera generación de *neoon* (Irving Kristol, Nathan Glazer o Daniel Patrick Moynihan) son más los resultados de las políticas sociales que las intenciones que manifiestan. Otra vez, Katrina vuelve como ejemplo del mal resultado de una política de “buenas intenciones”, sin consideración real de los resultados que esas mismas medidas puedan tener.

Sin embargo, los neoconservadores, incluso plenamente integrados en la derecha norteamericana que nunca ha aceptado con agrado la “compasión” como doctrina o actitud política, no han abandonado del todo una reflexión sobre la justicia como base misma del lazo social. Eso les ha llevado a otorgar un papel importante al Gobierno en cuestiones que el liberalismo clásico, más aún el “libertarianismo” a la americana, han considerado siempre fuera de la esfera del gobierno.

Irving Kristol tituló uno de sus ensayos *Dos hurras por el capitalismo*, no tres, como requiere la exclamación. Y de su origen demócrata, de antes de que

aparecieran los efectos perversos de programas tan ambiciosos como el de la “Gran Sociedad”, los neoconservadores siguen manteniendo la necesidad de que el Gobierno garantice mínimos de equidad y de seguridad, en particular el establecimiento de alguna forma de red sanitaria universal. Aunque completamente ajenos a la derecha evangélica, los neoconservadores también han resaltado una y otra vez la importancia de la religión en el mantenimiento de los valores morales que fundamentan una sociedad libre y han puesto en cuestión que una sociedad cuyas instituciones no se funden en la creencia en la ley natural pueda sobrevivir como sociedad libre o, si se prefiere, abierta. Se recordará la importancia que uno de los santos patronos del pensamiento neocon, es decir Tocqueville, concede a la religión en la democracia americana. Y se recordará el principio de *Natural Right and History*, de Leo Strauss, con su referencia explícita a la Declaración de Independencia de Estados Unidos. (Mark Lilla, buen conocedor de Strauss aunque no muy simpatizante de los neoconservadores, comenta que muchos straussianos suelen empezar entonando el *Götterdämmerung* y terminan cantando *Stars and Stripes*²).

En otras palabras, la cuestión del fundamento moral –y en última instancia religioso– de la acción pública que los neoconservadores han aportado al debate intelectual y político no va a desaparecer en los próximos años. Tampoco su reflexión sobre el peligro de un individualismo exacerbado, sin redes sociales que garanticen al individuo un espacio de libertad y autonomía frente al Gobierno.

En términos más prácticos, y que remiten también al origen del pensamiento del grupo primero de neoconservadores, las posteriores generaciones de *neocon* siguen pensando –tal como lo expresó Irving Kristol durante la campaña de Goldwater– que es políticamente impracticable, en democracia, desmantelar el Estado de bienestar. Lo que proponen es reformarlo y en la medida de lo posible mejorarlo, introduciendo elementos de gestión privada y evaluación de resultados. La legislación educativa de la Administración puede ser un ejemplo de esto último, tanto como la legislación sobre subvención de medicamentos. William Kristol piensa que

² M. Lilla, “The Closing of the Straussian Mind”, *The New York Review of Books*, 4 noviembre 2004.

esta ley, extremadamente discutida, no está lejos de alcanzar sus objetivos y argumenta que el gasto generado es menor que las proyecciones realizadas por sus muchos adversarios.

Los neoconservadores, en consecuencia, están convencidos de que el futuro les dará la razón: la democracia requiere un cierto grado de Estado de bienestar, y el buen funcionamiento del mercado exige a su vez que se controle la tendencia natural al crecimiento de los programas de bienestar.

Entre los candidatos demócratas, es Hillary Clinton la que más cerca se ha encontrado de estos postulados. Clinton no ha renegado de su ideología progresista. Pero por estrategia y por la experiencia del fracaso de su faraónica reforma sanitaria ha sido la más proclive a relacionar la intervención gubernamental a favor de la corrección de las desigualdades con una mayor exigencia de responsabilidad por parte de los receptores de las ayudas. Ha propuesto una reforma educativa muy ambiciosa, desde la universalización de la educación preescolar hasta propuestas en educación universitaria. Hillary Clinton ha venido haciendo referencias a la religión desde 2001, cuando citó la religión de los Padres Fundadores en una iglesia en Nueva York. Ya durante la presidencia de su marido promovió algunas leyes que permitían subvencionar organizaciones religiosas con fines sociales³.

Tanto Edwards como Barack Obama planteaban una ampliación sin complejos de la acción del Gobierno en el campo social. Edwards, el más populista, aspiraba a que la pobreza desapareciera en Estados Unidos en... 2036. Pero proponía una batería de medidas sociales, entre ellas un programa sanitario ambicioso que hubiera requerido inevitablemente un aumento de impuestos, así como de la burocracia y de la regulación. Obama, por su parte, invoca el “cambio” sin más adjetivos –algo siempre peligroso–, habla con facilidad de religión y pretende implantar un sistema de salud universal en cuatro años, aunque sin precisar los costes.

Los republicanos, por su parte, se inclinan por proponer una vuelta a los principios básicos del liberalismo sin por ello romper con los grandes pro-

³ John J. Dilulio Jr., “The Next President”, en *First Things*, noviembre 2007.

gramas del Estado de bienestar. Sólo Fred Thompson se comprometió a suprimir la ley educativa que ha sido uno de los iconos de la era Bush y era partidario de la devolución de competencias a los Estados. Romney, por su parte, invocaba los “reaganomics” como principio pero, tan pragmático como Reagan, se proponía llevar a escala nacional el experimento de universalización de los seguros por mandato legislativo que llevó a cabo en Massachussets. Giuliani, por su parte, hacía de la bajada de impuestos su propuesta estrella, y se proponía introducir elementos de reforma en los servicios públicos en la dirección apuntada por los neoconservadores. Era, por otra parte, el más discreto en cuanto al asunto de la religión.

La escasa capacidad de autocontrol que demostró el Partido Republicano durante sus dos años de hegemonía en Washington (entre 2004 y 2006) puede llevar a pensar que es verosímil un renacer de las propuestas “liberales” o “libertarias”. Pero aunque estas propuestas tengan una presencia importante en el debate de ideas, la tendencia general se inclina a un incremento de los servicios del Estado, con propuestas de correcciones y evaluación por parte de los republicanos (e incluso, en este caso, de Hillary Clinton). No parece, por ejemplo, que nadie, excepto los candidatos “libertarios”, esté interesado en reabrir el debate sobre la reforma de las pensiones que Bush intentó llevar a cabo infructuosamente al principio de su segundo mandato.

Lo mejor del legado neoconservador será en este caso la prudencia y los controles para evitar los excesos y las consecuencias indeseadas que llegarán inevitablemente con la continuidad, o la ampliación, de las políticas intervencionistas. Tal vez así se logre frenar lo que, tras la Administración Bush, parece un hecho cada vez más evidente: el inicio de un nuevo ciclo intervencionista y el fin de una larga etapa de predominio liberal.

EL HUNDIMIENTO

El otro gran apartado, el de la seguridad y la “Guerra contra el terrorismo”, es el que más debate ha provocado. Muy en particular en cuanto al legado o el futuro del neoconservadurismo.

Cuando Bush declaró la Guerra contra el terrorismo, en los días siguientes a los ataques del 11-S, no lo hizo siguiendo ninguna doctrina neo-conservadora. Pero recurrió a un término que le llevaría naturalmente a hacer suyas las propuestas neoconservadoras que se habían ido elaborando en los noventa, ante la amenaza del terrorismo, y en décadas anteriores, durante la Guerra Fría. Los neoconservadores suministraron por tanto, en buena medida, el cuerpo de doctrina que se deducía de la consideración del conflicto abierto como una guerra, que llevaría a la invasión de Afganistán y luego a la de Irak.

Los neoconservadores quedaron ligados sin remedio a la “doctrina Bush” en materia de seguridad y, en consecuencia, al éxito o al fracaso de ésta, que en los últimos años se ha centrado en el desarrollo de la llamada “Guerra de Irak”.

Grosso modo, la evolución de la ocupación después del éxito militar de 2003 ha conocido, por lo fundamental, dos etapas. La primera arranca de los meses siguientes a la ocupación de Bagdad y el derrocamiento de Sadam Hussein. La otra, a partir de la nueva estrategia puesta en marcha por el general David Petraeus desde su nombramiento al mando de las fuerzas norteamericanas, en febrero de 2007.

A pesar de los indudables éxitos conseguidos por la coalición y una parte de las fuerzas políticas iraquíes, la primera parte ha quedado, por el momento, caracterizada como un triple fracaso. Fracaso militar, por los asesinatos continuos de civiles en atentados terroristas cada vez más sangrientos y el goteo permanente de bajas en las filas norteamericanas, que parecían corroborar las predicciones de quienes se opusieron a la intervención militar en Irak en 2003. Fracaso político, por la incapacidad de conseguir un consenso entre suníes, chiítas y kurdos, ni un liderazgo claro capaz de tomar en sus manos la situación. Fracaso diplomático y de imagen, al no conseguir Estados Unidos ampliar la coalición que apoyó la intervención –más bien al revés– y al subrayar los medios de comunicación occidentales los errores tanto de inteligencia (tal que las armas de destrucción masiva que nunca aparecieron) como de gestión de la crisis (con el ejemplo de Guantánamo y Abhu Ghraib como arquetipos de los nuevos instrumentos de represión del imperialismo americano).

El fracaso en Irak significaba el fracaso de Bush, traducido en unos índices récord de impopularidad, y arrastraba a los neoconservadores. A esas alturas, como ya había empezado a ocurrir desde que se inició el despectivo sinónimo de ultraderechista, con connotaciones conspiratorias de aroma a debate acerca de la posible intervención en Irak, el término “necon” había adquirido un tinte inconfundiblemente antisemita y contenido extremadamente impreciso, hasta el punto de que han merecido el calificativo de “necon” personajes muy relevantes en el proceso de decisión que llevó a la invasión de Irak, pero que poco han tenido que ver con las doctrinas ni las ideas neoconservadoras, ya sea Condoleezza Rice, el vicepresidente Dick Cheney o Donald Rumsfeld.

El supuesto fracaso en Irak se lo llevaba todo por delante. Tanto que incluso llevó a un replanteamiento por los propios neoconservadores, que entonaron si no un “mea culpa”, sí una crítica de la gestión que la Administración Bush había realizado de la intervención y la gestión de la ocupación. Ya Michael Leeden, del American Enterprise Institute, había argumentado en 2003 que la intervención en Irak perjudicaría a la propia “Guerra contra el terrorismo”, que debía centrarse sobre todo, después de haberlo hecho en Afganistán, en Irán. En octubre de 2006, cuando más bajas norteamericanas se estaban produciendo, Richard Perle, uno de los más eminentes miembros del grupo, calificó de “desastrosa” la acción de la Administración Bush. En enero de 2007 Kenneth Adelman se consideraba defraudado por aquellos a los que consideró el equipo gubernamental más incompetente de la era de la posguerra. El fracaso ponía en cuestión, según Adelman, el propio legado neoconservador: “La idea de una política exterior enérgica en favor de la moral, la idea de utilizar nuestro poder para hacer el bien en el mundo” estaba acabada para por lo menos una generación. Eliot Cohen se mostraba incluso más pesimista acerca de las consecuencias de lo que parecía ver como una derrota definitiva. David Frum, rendido admirador de Bush en su momento, se mostró implacable con los errores de inteligencia que condujeron no sólo al falso diagnóstico de la existencia de las armas de destrucción masiva, sino también a considerar a Irak como un país laico, a lo occidental, y no como lo que verdaderamente era, según él mismo declaró a principios de 2007, es decir una sociedad casi medieval en la que Sadam había comprado la le-

altad de jeques e imanes con dinero y “S.U.V.s” (vehículos utilitarios deportivos)⁴.

Una parte relevante de la plana mayor del neoconservadurismo se distanciaba así de la gestión de aquello que ellos mismos habían puesto en marcha. ¿Salvaban sus ideas primeras? No del todo. El fracaso en Irak no ponía sólo en cuestión a Bush y su Administración, en particular a los servicios de inteligencia, al Departamento de Estado y al Pentágono de Donald Rumsfeld. También sembraba dudas acerca de la vigencia de la doctrina, como decía Kenneth Adelman.

La situación cambió tras la sustitución del general George Casey por David Petraeus al mando de las operaciones en Irak y la puesta en marcha de una nueva estrategia centrada en la erradicación de la violencia terrorista mediante un uso intensivo de la inteligencia y un aumento de las tropas sobre el terreno, lo que se ha llamado “*surge*”. También parece haber cambiado la actitud de los “jeques” suníes, a los que tan despreciativamente se refería Richard Perle, sin duda presionados desde todas partes, incluida sus propias poblaciones, para poner fin a la escalada de violencia.

El resultado apenas ha sido noticia en los grandes medios de comunicación occidentales, en particular los españoles, obviamente deseosos de que Estados Unidos sea derrotado en Irak, pero gracias a la nueva estrategia la violencia se ha reducido en más de un 50 por ciento, como demostró el general Petraeus durante su comparecencia ante el Congreso norteamericano y como ha seguido mostrando la evolución de la situación. Irak, en buena medida, está desapareciendo de los grandes medios informativos. Se habla incluso de la posibilidad de ganar la Guerra, y no sólo por parte de medios que han sostenido la verosimilitud de esta hipótesis, como *The Wall Street Journal* o *The Weekly Standard*. Incluso *The New York Times*, tan empeñado como la generalidad de los medios españoles en celebrar anticipadamente una derrota norteamericana, ha especulado en varias ocasiones sobre esa posibilidad⁵.

⁴ David Rose, “Neo Culpa”, *Vanity Fair*, enero 2007.
<http://www.vanityfair.com/politics/features/2006/12/neocons200612>

⁵ Ver por ejemplo, “A War We Might Just Win”, de Michael E. O’Hanlon y Kenneth M. Pollack, ambos de la Brookings Institution, una fundación de centro-izquierda, crítica con la Administración Bush, *The New York Times*, 30 de julio de 2007. http://www.nytimes.com/2007/07/30/opinion/30pollack.html?_r=2&oref=slogin&oref=slogin

Obviamente, una posible victoria en Irak, es decir la consolidación de un Estado más o menos federalista, con votaciones libres y respetuoso con los derechos humanos, supondría, además de una reivindicación de Bush, una reivindicación de la doctrina neoconservadora. Obligaría a revisar toda la literatura que se ha vertido sobre ella. Los propios neocon, con su admirable capacidad para no ser cogidos nunca “*à court d’arguments*”, sabrían recomponer el hilo del discurso algo extraviado en estos últimos dos años.

Sin necesidad de predecir una realidad tan triunfalista, y aun suponiendo que se mantenga y refuerce la actual situación, el panorama, en cualquier caso, habrá variado considerablemente. Los candidatos a las presidenciales de 2008 deberán ajustar sus propuestas a la nueva situación y probablemente volver a reconstruir una nueva “narrativa” –por utilizar el término postmoderno que tanto éxito tiene en círculos antinorteamericanos–, como muchos de ellos vienen haciendo en estos años... después de haber apoyado en su momento la invasión de Irak.

LA GUERRA Y LA EXPORTACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Aun así, e incluso suponiendo que se cumpla la más optimista de las hipótesis acerca de la situación en Irak, queda la cuestión de fondo planteada por la naturaleza de los ataques del 11-S y el nuevo escenario que ha quedado diseñado.

Para Bush, como es bien sabido, se trató de una declaración de guerra. Lo mismo pensó mucha gente, es decir, el común de los mortales, aquellos que todavía disfrutaban de algún sentido común. La dimensión de los atentados del 11-S, el número de víctimas, el simbolismo de los blancos elegidos no dejan la menor duda de que los autores materiales e intelectuales de los ataques estaban desafiando a Estados Unidos y, subsidiariamente, como demostraron ataques posteriores (Bali, Londres y tal vez Madrid), contra el conjunto de Occidente, es decir, contra cualquier país que respete las reglas de la democracia liberal.

Sea cual sea el resultado de la nueva estrategia norteamericana en Irak, el hecho es que la guerra que se declaró el 11 de septiembre de 2001 va a continuar. Irak es una batalla, estratégica sin duda alguna, pero no acabará con el enemigo. Estados Unidos y Occidente se enfrentan a una yihad (guerra santa) islamofascita, con un brazo religioso y otro –laico a medias– de Estados dispuestos a financiarla y a armarla. La rama religiosa, de raíz musulmana, se nutre de tradiciones propias –islamistas– y de instrumentos ideológicos y políticos derivados de los totalitarismos del siglo XX. De hecho, conforma un nuevo totalitarismo, con nuevos frentes abiertos y, como ha escrito Daniel Pipes, con un altísimo riesgo para nosotros. El islamofascismo tiene acceso potencial a armas de destrucción capaces de sembrar la destrucción masiva en Occidente. Apela a una motivación religiosa de intensidad superior incluso a la de totalitarismos previos, como el comunismo o el nazismo. Mantiene instituciones y organizaciones bien diseñadas y estructuradas para captar adeptos. Ha elaborado una ideología que nuestros pedagogos socialistas llamarían “transversal”, capaz de atraer a jóvenes palestinos o musulmanes londinenses –muchos de los más radicales se están formando ahora mismo en los países europeos–, y presenta además un potencial casi ilimitado de recursos humanos (entre 150 y 200 millones de personas, si se calcula que los islamistas forman un 10 por ciento de la población musulmana)⁶.

Se podrán por tanto discutir los medios adecuados para combatir este nuevo totalitarismo que está planteando una forma nueva de guerra, pero no el hecho de que, como el propio enemigo ha declarado una y otra vez en sus comunicados, se trate de una guerra contra Occidente, contra la libertad, contra nosotros.

Este punto es esencial a la hora de valorar el legado o el futuro de la doctrina neoconservadora. Los ataques del 11-S constituyen en efecto un punto de inflexión, un punto de no retorno, en la situación de los países occidentales. En la década de los noventa, Francis Fukuyama proclamó el fin de la Historia. Hoy aquellos años suelen ser vistos como un oasis de paz y de euforia,

⁶ Daniel Pipes, “How the West Could Lose”, *New York Sun*, 6 de diciembre 2006.
<http://es.danielpipes.org/article/4243>

casi de felicidad. Pero habrá que recordar que entonces se produjeron múltiples ataques a Estados Unidos por parte del islamismo radical, lo que ahora solemos llamar islamofascismo.

La respuesta del presidente Clinton a estos ataques fue, como se sabe, tibia. Excepto en el caso de Serbia y el conflicto yugoslavo –de características diferentes–, la Administración Clinton no quiso comprometerse ante los ataques de que eran objeto sus instalaciones, sus intereses o sus ciudadanos. En buena lógica, tampoco se intentó establecer una doctrina que fijara la actitud de la única superpotencia resultante del fin de la Guerra Fría ante la nueva amenaza del terrorismo islamista. Se continuaba, en términos imprecisos, con la lógica de la contención que había inspirado la política durante la Guerra Fría en los años setenta.

La dimensión del 11-S y lo que reveló en cuanto a la voluntad del islamofascismo de atacar nuestra civilización impide volver a la doctrina de contención que prevaleció en los años setenta frente al totalitarismo comunista y, de hecho, durante la era Clinton frente al nuevo totalitarismo en formación. Nos han declarado la guerra y no es la retirada ni el cerrar los ojos lo que va a impedir que el islamofascismo siga atacando a Estados Unidos y a los países occidentales, sean aliados suyos o no. El 11-S nos ha devuelto a un mundo previo al que siguió al derrumbamiento del Muro de Berlín. La guerra, una vez más, y como ha ocurrido a lo largo de toda la historia, vuelve a estar presente en la realidad humana. La destrucción por la violencia de las Torres Gemelas lleva aparejada la desaparición de ese voluntarismo o superstición moderna según la cual sólo hay guerra cuando uno quiere que la haya.

La Doctrina Bush de seguridad se va elaborando a partir de esta constatación primera, contenida en las palabras pronunciadas por el presidente norteamericano en sus primeros discursos después de los ataques. Siguiendo a Norman Podhoretz, sus cuatro pilares son: 1) el repudio del relativismo moral y una afirmación sin complejos de la posibilidad de aplicar juicios morales al reino de los asuntos internacionales, con la correspondiente determinación de fomentar “la democracia en Oriente Medio”; es decir, una nueva actitud moral con implicaciones políticas de largo alcance; 2) un nuevo concepto del terrorismo, que comprende no sólo los agentes violentos sino las redes y los Es-

tados que los amparan, los apoyan y los financian: este punto se deduce directamente del hecho de considerar el 11-S como una declaración de guerra: de ahí las expresiones “Guerra contra el terrorismo”, “Guerra contra el islamofascismo” o –por seguir haciendo referencia a la preferida por Podhoretz–, “Cuarta Guerra Mundial”; 3) el derecho al ataque o a la “guerra preventiva”, que justificó la invasión de Irak y podría justificar en un futuro próximo el ataque a Irán y 4) la necesidad de una democratización del régimen palestino como condición para aceptar la existencia de un Estado palestino⁷.

De los cuatro pilares de la Doctrina Bush tal como los enuncia Podhoretz, los dos fundamentales en cuanto a la doctrina y al legado neoconservador son el de la afirmación de que Estados Unidos se encuentra en guerra contra el islamofascismo (porque el islamofascismo se la ha declarado) y el de la necesidad de extender la democracia como medio más eficaz para evitar la extensión del terrorismo.

El primer argumento tiene difícil refutación, aunque no falta quien lo rechace de plano. George Soros y algunos grupos por él financiados sostuvieron pronto que el 11-S no fue una declaración de guerra y que la lucha contra el terrorismo entra dentro de las competencias de las fuerzas de la ley y el orden, no de la defensa. Fukuyama, alineado con los *neoon* en los noventa, y cuya reflexión sobre la ausencia de alternativas a la democracia liberal pasó a formar parte del sustrato de la argumentación neoconservadora, ha elaborado más el argumento, al hablar de que la “guerra” es una metáfora equivocada para una lucha contra un enemigo mucho más minoritario de lo que la Doctrina Bush y los neoconservadores suponen. También mantiene, sin que se sepa muy bien qué consecuencias pretende sacar de esta afirmación, que el islamismo no corresponde a la auténtica espiritualidad musulmana⁸. El comentario sobre la realidad de la guerra hecho más arriba responde a esta objeción.

⁷ Norman Podhoretz, *World War IV*, Nueva York, Doubleday, 2007, pp. 43-67.

⁸ Joshua Muravchic, “The past, Present, and Future of Neoconservatism”, *Commentary*, octubre 2007 y Francis Fukuyama, *American at Crossroads*, Yale University Press, New Haven, 2007, en particular pp. 69 y ss.
<http://www.commentarymagazine.com/viewarticle.cfm/The-Past-Present-and-Future-of-Neo-conservatism-10935>

Existen, por supuesto, quienes preconizan la retirada de Irak. Más aún, una parte muy importante del Partido Demócrata norteamericano se ha ido radicalizando desde 2003 y ha forzado a sus dirigentes a girar hacia posiciones derrotistas sobre las que planea el fantasma del síndrome de Vietnam. Esta posición ha ido ganando terreno y en la actualidad las bases del Partido Demócrata exigen una retirada prácticamente inmediata de Irak. También del lado conservador y liberal o “libertario” hay voces y grupos que preconizan una retirada más o menos pronta de las tropas norteamericanas de Irak y niegan la existencia de una “Guerra contra el terrorismo” o, en caso de aceptarla, propugnan la prioridad de defender el territorio norteamericano en sus propias fronteras. Van desde “libertarios” como Ron Paul y *think tanks* como CATO Institute, hasta “paleo conservadores” nacionalistas como Pat Buchanan.

En cuanto al segundo argumento, el de la extensión de la democracia, es al mismo tiempo el más frágil y el más difícil de rechazar. Su fragilidad se ha demostrado en la práctica. El caso argelino en los años noventa dejó bien claro los riesgos que se asumen al convocar elecciones en las que se admiten partidos no democráticos. Las elecciones de Irak no impidieron que continuara la violencia, como tampoco lo han hecho las celebradas en el Líbano. Las elecciones en los territorios palestinos han llevado a la toma del poder de los terroristas de Hamas en Gaza. La simple posibilidad de unas elecciones constituye un acicate para el terrorismo, como demostró el asesinato de Benazir Bhutto quince días antes de las elecciones convocadas en Pakistán o lo sucedido en Madrid el 11 de marzo de 2004. También en España, la pervivencia de la violencia nacionalista demuestra que la democracia no impide la violencia terrorista. En estos casos, se cumple el peor de los escenarios: las democracias con instituciones frágiles y una ciudadanía poco dispuesta a defender sus libertades constituyen un incentivo para el terrorismo.

Los neoconservadores influidos por el magisterio o la lectura de Leo Strauss tal vez hayan jugado en este punto con el equívoco al que se presta el término “régimen”. Cuando hablaban de “cambio de régimen” en Irak no se estaban refiriendo sólo a un cambio de instituciones políticas. También estaban hablando, según la terminología straussiana, de las condiciones generales de vida y de cultura que hacen posible ese régimen. Y es aquí donde una parte del conservadurismo norteamericano, no necesariamente en-

cuadrado en la escuela “realista” en cuanto a las relaciones internacionales, puede aducir que el objetivo era demasiado ambicioso. Para los “realistas” resulta muy difícil, por no decir imposible, implantar un cambio de régimen en ese sentido: ¿es posible democratizar países como los árabes, en los que no existe la menor tradición de democracia ni de libertad civil, menos aún países con mayorías musulmanas, donde ni siquiera existe la diferencia entre vida religiosa y vida civil?

Los críticos con los *neoon* podrían incluso aducir, a favor suyo, el ideal straussiano de filosofía aplicado a la política: servir de freno a los anhelos (post cristianos) de absoluta dominación política y científica⁹. De aquí la crítica de Fukuyama, que acusa a los neoconservadores de practicar la “ingeniería social” al pretender exportar la democracia en países sin tradición democrática. En contra de lo que muchos piensan, son los “neoon” los que afirman que sí se puede. Y quien tomó la decisión de hacerlo en Irak fue, según cuenta Fred Barnes, el propio Bush¹⁰. En este sentido, está justificada la afirmación de que Bush ha sido el principal *neoon* de Washington.

Fukuyama, en su evolución desde la adhesión a los postulados neoconservadores a la crítica a los neoon, ha justificado este paso diciendo, con humor no exento de cinismo, que allí donde él planteaba un argumento marxista (el del fin de la Historia, con el derrumbamiento de cualquier alternativa a la democracia liberal), los neoconservadores se revelan leninistas, forzando las etapas hacia la democratización como Lenin forzó la implantación del comunismo en un país sin industrializar. En el mismo sentido han ido las acusaciones de “trotskistas” que bastantes conservadores republicanos hacen a los neoconservadores, aunque en este caso prefieren, como era de esperar, invocar a Burke antes que a Marx.

Nos encontramos así con una de las posiciones clásicas de oposición al ideario neoconservador, que es la “realista”, la encarnada en su tiempo por Kissinger (quien sin embargo ha venido apoyando la intervención en Irak).

⁹ Peter Augustine Lawler, “Strauss, Straussians and Faith-Based Students of Strauss”, en *The Political Science Reviewer*, Vol. XXXVI, 2007, p. 5.

¹⁰ Fred Barnes, *Rebel in Chief*, Nueva York, Three River Press, 2006, pp. 97 y ss.

De hecho, algunos neoconservadores han acusado a la Administración Bush de traicionar su propia doctrina (por ejemplo, en la relación con Egipto, en Corea e incluso en algún diagnóstico sobre la detención de los programas de armamento nuclear por parte de Irán) y no seguir sus propios postulados.

En cuanto a la posible vuelta del “realismo”, es curioso comprobar, aunque sólo sea a efectos que podríamos llamar de teratología, cómo el imperativo ético de la no violencia, asumido con tanta vehemencia por muchos progresistas, se compadece con la recomendación de abstención o incluso de colaboración con regímenes que violan sistemáticamente los derechos humanos, que constituyen focos conocidos de corrupción y que declaran sin complejos su intención de patrocinar acciones violentas contra los que consideran sus enemigos, como son los casos de Irán y de Venezuela.

Pero al margen de la observación de alcance ético, hay que rendirse a la evidencia: la posición “realista” lo es sólo en el nombre. Una vez que se han desplomado los equilibrios de la Guerra Fría, es difícil asegurar que un régimen autocrático o despótico no acabe cediendo a la tentación de amparar el terrorismo (caso de los territorios palestinos bajo Arafat) o no lo favorezca a pesar suyo (caso de Argelia). La dificultad a la hora de elaborar una alternativa al argumento –de por sí discutible– de la necesaria democratización como barrera al terrorismo no se desvanece con el de que en vez de la democratización bastaría con la apertura política, la liberalización económica y la tolerancia religiosa¹¹. Al menos en este punto, el nuevo “realismo” *soft* sólo varía del “wilsonianismo con estrógenos” en la terminología.

Uno de los principales reparos que se han realizado a la “Doctrina Bush”, y de paso a los neoconservadores, es el de unilateralismo. La alternativa ha sido descrita por Norman Podhoretz como “internacionalismo progresista”, que se podría traducir también por “progresismo multilatera-

¹¹ **Barry R. Posen**, “The Case for Restraint”, en *The American Interest*, Noviembre/Diciembre 2007.

lista”¹². Se trata, en palabras de Podhoretz, de una fe casi religiosa en la negociación como la única forma de resolver los conflictos, una confianza inextinguible en las organizaciones internacionales, en particular la ONU, y en la objeción de principio al uso de la fuerza.

La acusación no es del todo justa, sobre todo si se refiere al conjunto de la Administración Bush, más que a los neoconservadores. Quienes hoy la mantienen no dudaron en intervenir en Kosovo sin mandato de la ONU. También desprecian el esfuerzo diplomático realizado por Estados Unidos para conseguir una resolución de la ONU favorable a la intervención en Afganistán (que se consiguió) y en Irak (que no se consiguió). Junto con otros motivos de orden práctico, una posición más multilateralista que la mantenida por la ortodoxia neoconservadora está en el origen de los esfuerzos diplomáticos norteamericanos en las cuestiones planteadas por Corea del Norte, Irak y el conflicto palestino-israelí.

Por otro lado, la nueva situación internacional, además del giro de los acontecimientos en Irak y las ambiciones de una nueva Rusia que parece haber aplazado *sine die* el proceso de democratización, están propiciando el surgimiento de nuevas alianzas que configuran un panorama bien distinto al que se planteó en 2003, cuando la invasión de Irak. Ni Francia ni Alemania tienen ya la misma posición que entonces, y Estados Unidos tiene un margen de maniobra considerablemente superior¹³.

La posición de “internacionalismo progresista” no dejará por eso de estar presente, pero la acusación de unilateralismo va a tropezar, previsiblemente, con argumentos sólidos que la contrarresten. De hecho, el “unilateralismo” no forma parte esencial de la doctrina neoconservadora, si no es como consecuencia de la constatación de la ineficacia de las organizaciones internacionales a la hora de resolver conflictos, en particular el planteado por la “Guerra contra el terrorismo” o la “Cuarta Guerra Mundial”. En la oferta ideológica norteamericana, los neoconservadores son, a pesar de todos los sar-

¹² Norman Podhoretz, *op. cit.*, pp. 127 y ss.

¹³ Charles Krauthammer, “¿En qué estado se encuentra nuestro sistema de alianzas? *Libertad Digital*, 19 de noviembre 2007.

casmos que tanto se han divertido en verter sobre Europa, los más atlantistas dentro de la derecha. Muchos europeos no se han dado cuenta hasta muy recientemente de que los neoconservadores están entre los escasos pensadores políticos norteamericanos que siguen tomándose en serio a los países europeos y no los descartan, ni siquiera en el caso de que las alianzas futuras se volcaran más en el Pacífico y en Asia¹⁴. El documento sobre seguridad elaborado por Javier Solana en 2003, anticipaba, de hecho –y salvando las apelaciones al multilateralismo–, esta convergencia en los fines y en las estrategias, incluido el recurso a la disuasión preventiva¹⁵.

DESPUÉS DE BUSH

La “Doctrina Bush”, o la doctrina que han ido elaborando los neoconservadores ante la guerra contra Occidente por los totalitarismos (antes el comunista y ahora el islamofascista), tiene puntos débiles, en particular en cuanto a la cuestión de la exportación de la democracia. Pero no ha aparecido una alternativa clara: ni por parte de los “realistas”, ni por parte de los “progresistas internacionalistas”, ni por parte de los aislacionistas. Todos tropiezan con el hecho fundamental de que se ha declarado una guerra contra Occidente que exige una respuesta a la medida.

A pesar de todo, no parece improbable que los demócratas procedan a un repliegue de las tropas norteamericanas en Irak. Es cierto que Hillary Clinton, no ha tomado respecto a la Guerra de Irak ninguna actitud que la aleje de la posición centrista, dentro de su progresismo, que ha venido cultivando desde hace mucho tiempo. Está en contradicción con una parte importante –la más radicalizada– de su partido. La paradoja no es pequeña. También es cierto que por parte de algunas personas próximas a Barack Obama ha habido ambigüedades calculadas. Pero la realidad es que los dos se han comprometido a poner fin a la guerra en cualquier caso. Una victoria demócrata en las elec-

¹⁴ Rafael L. Bardaji, “¿Adónde va América?”, en *Cuadernos de Pensamiento Político*, nº 10, junio 2006, p. 123.

¹⁵ Le agradezco la sugerencia a Iskren Kirilov Todorov. Ver, entre los muchos comentarios que suscitó la propuesta de Javier Solana, José María Marco, “Una propuesta de Solana”, en *Libertad Digital*, 18 de septiembre 2003. <http://www.libertaddigital.com/index.php?action=desaopi&cpn=15298>

ciones presidenciales sería interpretada además como un mandato para el fin de la guerra, con independencia del éxito de la estrategia del general Petraeus.

En cuanto a John McCain, son bien conocidos los apoyos neoconservadores que consiguió en la campaña presidencial del 2000. McCain ha mantenido siempre abiertas las relaciones con el American Enterprise Institute y, de hecho, el nombramiento de Petraeus y la nueva estrategia puesta en marcha en Irak se puede considerar un triunfo de los neoconservadores (y de McCain, que mantenía tesis similares), sobre las posiciones hasta ahí mantenidas por la Administración Bush. Dada la heterodoxia del senador y candidato John McCain en tantos aspectos de la vida pública, se ha especulado acerca de la posible lucha que para conseguir puestos de influencia están lidiando los “realistas” y los “neoconservadores”¹⁶. En un artículo en *Foreign Affairs* McCain pareció alejarse de la Doctrina Bush al insistir en un mayor multilateralismo en la política exterior norteamericana, pero subordina estas posibles alianzas a un terreno común que lo devuelve al núcleo doctrinal “neoon”, como es la promoción de la democracia¹⁷. Y en su gran discurso el World Affairs Council en el que declaró con una solemnidad rara en un político moderno que “odia la guerra”, también se declaró contrario a cualquier actitud de apaciguamiento, que llevaría a pagar “luego un precio aún más alto”¹⁸.

No hay duda que McCain sigue siendo el candidato favorito de los neoconservadores, como lo demuestra –es un simple botón de muestra– el elogio del “absolutamente no moderno” McCain que publicó William Kristol en *The New York Times*¹⁹. Lo es porque su posición global en política exterior coincide con la de los neoconservadores. Aún más. En vista de la división existente en el Partido Demócrata, es posible que la firmeza de esta actitud contribuya a apuntalar en torno al senador republicano una nueva coalición con la derecha cristiana, que renovarían mayorías presidenciales como las de Reagan o las de George W. Bush. Pero esto es ya especular demasiado.

¹⁶ Elisabeth Bumiller y Larry Rohter, “2 Camps Trying to Influence McCain on Foreign Policy”, en *The New York Times*, 10 de abril 2008.

¹⁷ John McCain, “An Enduring Pace Built on Freedom”, en *Foreign Affairs*, noviembre / diciembre de 2007.

¹⁸ John McCain, “Remarks To The Los Angeles World Affairs Council”, 26 de marzo de 2008.

¹⁹ William Kristol, “Thoroughly Unmodern McCain”, *The New York Times*, 21 de enero de 2008.

LA ILUSTRACIÓN liberal

Revista española y americana

Verano de 2008

NÚMERO

36



• • •

RAFAEL L. BARDAJÍ: *Irán y la bomba: qué esperar, qué hacer*

FLORENTINO PORTERO: *Las relaciones hispano-israelíes*

MARCELO BIRMAJER: *Israel: sesenta años de democracia en el Medio Oriente*

RAFAEL ZARAGOZA PELAYO: *El sesgo izquierdista de los libros de Historia en el Bachillerato*

THIERRY AFSCHRIFT: *En defensa de los "paraísos fiscales"*

JOSÉ MARÍA MARCO: *Isabel II y la ópera*

CARLOS SEMPRÚN MAURA: *Revolucionarios sin revolución. La izquierda invertebrada*

• • •

ENTREVISTA: *Zoe Valdés*

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVILES

• • •

Y acceda a los contenidos
de todos los números anteriores
en nuestra página web

www.lailustracionliberal.com

E-MAIL: lailustracion@libertaddigital.com